

camino un verdadero camino del Calvario. Precedían las cabezas de los guardias clavadas en las picas de los más feroces combatientes que llevaron su crueldad hasta el extremo de hacer que las peñara y las rizara y las empolvara en medio de las calles de Sever antiguo peluquero de la corte. Canciones soeces, amenazas mortales, dieterios horribles salían de las Euménides que acompañaban aquel entierro, trágico y grotesco á un mismo tiempo, de la dignidad real vejada y ofendida en sus hereditarios representantes. Un cómico de la legua iba en el asiento del cochero de los Reyes, y profería contra la regia familia los mayores insultos. Aquellos guardias heridos, los oficiales del regimiento de Flandes dispersos, los representantes de la guarnición derrotada y cautiva, seguían con los rostros macilentos por la tristeza, los ojos encendidos por el insomnio, los uniformes destrozados por el combate, aquella comitiva babilónica, aquel aquelarre de iras desencadenadas, aquella calle de amarguras. La Reina lo miraba todo, como si fuese un espectro á ella extraño, contraídos los labios, sereno el semblante. Las únicas lágrimas que resbalaron por sus mejillas, sin poder contenerlas, fueron las lágrimas arrancadas por esta exclamación del niño: «Tengo hambre.»

Del palacio de los reyes en Versalles pasaron al palacio del pueblo en París, y del palacio del pueblo pasaron á las antiguas Tullerías. No había cosa dispuesta y apercibida para recibirlos en aquellos monumentos, por cuyas estancias todavía vaga la sombra de Catalina de Médices, coronada con su corona de serpientes y envuelta en su manto de sombras, chorreando en la historia por todos sus poros sangre inocente que bebiera en su siniestra vida. Imaginaos la diferencia entre el esplendor de Versalles atestado de riquezas y la desnudez de las Tullerías convertida por el destino en calabozo de aquellos regios prisioneros, en potro de su tormento. La Reina no encuentra los doce tabaques donde estaban los doce trajes que le ofrecían diariamente; ni las princesas de sangre real y las damas de noble alcurnia que se disputaban el honor de ponerle la camisa. Sus azafatas tuvieron que dormir en sillas, sus hijos en camas de campaña. Así es que, al entrar el cuerpo diplomático, María Antonieta rompió en fuertes y amarguísimos sollozos. Y era natural. Si salen algunas veces á los jardines, se hallan de manos á boca con la muchedumbre que les avizoran y no los respetan. En vez de las aves raras y de los pintados faisanes reunidos en Versalles, simples patos que dan á la mansión de los reyes con el castañateo de sus picos el aire de sencilla dehesa. Y tanto era así, que le habían dejado al delfín un cercadillo para trabajar de jardinero y una cabaña para almacén de instrumentos, y al Rey un vasto taller, donde á medida que su regia majestad decaía y sus antiguas prerrogativas se acababan; movía el fuelle, mojaba el hierro, machacaba el yunque, mostrando cuánto más diestro era en manejar el martillo que en sostener el cetro; verdadero industrial nacido para los esparcimientos de los humildes y no para las porfías de los poderosos. Así es que la Reina, doseosa también de descender á la categoría de las familias sencillas y de los sim-

ples particulares, trabajaba á la aguja, y hacía bordados que á lo mejor la fatigaban sin distraerla; y ya fatigada se volvía al Rey para departir con él de los negocios públicos. El Rey la escuchaba unas veces con paciencia y otras con impaciencia. En alguna ocasión, muy contrariado por sus observaciones, solía decirle. «Señora, dejadme en paz; vuestros negocios son vuestros hijos.» Y en el sombrío palacio, á las orillas del triste Sena, entre las obscuras casas de aquel París, que alrededor de las Tullerías se aglomeraba, luchando y reluchando con el destino sin poder vencerlo, pasaban su vida, la poca vida que ya podía quedarles en tanta desventura, aquellos dos reyes, descendientes de las primeras familias de Europa y representantes últimos del privilegio de las castas.

Profunda compasión inspira esta mujer á los mismos que la hacen rigurosa justicia y que la consideran bajo una estrella nefasta nacido, y haciendo lo posible para que su horóscopo no se desmintiese y no marraran sus infaustos destinos con la volubilidad de sensaciones en ella nativa y las temeridades increíbles, tanto de su voluntad, en acción siempre, como de su temperamento, siempre neurótico. Los antiguos, los tres inmortales trágicos de la escena griega, evocaban, como nadie ha sabido evocar después en el tiempo y en el mundo, el dolor de todos estos personajes regios, enviados por el cielo á las mayores alturas sociales, á los tronos, y allí heridos en todas las desgracias imaginables por los fulminantes decretos del adverso hado. La madre de aquella infeliz Ifigenia inmolada en los altares cruentos de los últimos dioses antropófagos; la esposa y madre del infeliz Edipo, caída en incesto inocente con su propio hijo, también inocente parricida; las princesas apresadas sobre las ruinas humeantes de Troya y reducidas á servidumbre y á cautiverio en los palacios de sus vencedores enemigos, deberían prestarnos, si esto fuera posible, los exámetros puestos en sus labios por Sófocles ó Esquilo, para decir á la Historia cuánto padecería la Reina de Francia en su horroroso martirio. Debía llevar una marca de su infernal predestinación en la frente, un reflejo de su alma trágica en los ojos, cuando su padre, un Lorena, es decir, un francés por su nacimiento, aunque un alemán por su matrimonio con la gran María Teresa, no podía ver jamás á María Antonieta, queriéndola tiernamente, por ser quien más entre sus hijos se le parecía, sin ver un verdadero nimbo de tristeza en sus sienes, como los que pone la liturgia en los niños de la pasión que tan admirablemente nuestro Zurbarán ha expresado en el pequeño Jesús, dormido con el sueño de la inocencia, teniendo por almohada su corona de abrojos y por lecho los brazos de su cruz. No cabe dudarle, por más homenajes que prestemos al valor de la Reina, valor confinante con la temeridad, no basta, no, tal calidad á rescatarla de las responsabilidades contraídas en el cumplimiento de la catástrofe por los arrestos de su voluntad inquieta y por las intrigas enredadas en accesos de verdadera locura. Sucede, sin embargo, que cada falta hecha por María Antonieta es inmediatamente castigada; y como todo castigo, aun el más justo, á compasión os mueve; la piedad promovida por su dolor os quita fuer-

zas en los anatemas á sus errores de pensamiento y á sus yerros de proceder y de conducta. Nada tan temerario en su vida como el descenso desde los tabernáculos majestáticos, levantados por los pueblos antiguos á sus reyes absolutos, al desordenado festín de los guardias, quienes, tomados del vino, dijeron la verdad sobre los afectos íntimos de los cortesanos y de los militares versalleses y de la dinastía y de los reyes mismos al pueblo francés y al Congreso Nacional: pero purgó tamaño arresto con una tan terrible pasión desde Versalles al municipio parisién y desde el municipio parisién al presidio de las Tullerías, que no se atreve uno á maldecirla cuando tantos motivos tiene para compadecerla. Y no escarmentará la Reina, ¡ah! no escarmentará. Ningún dolor la corregirá. Ninguna experiencia le mostrará enseñanza que tome y guarde. Como dice nuestro refrán: «Genio y figura hasta la sepultura.»



CAPÍTULO TRIGÉSIMO-SEGUNDO

La evocación de Carlos Noveno.

UN estado político tan extraordinario como el estado que la revolución produjo, se forma por otro estado mental previo, como el que produjeron la filosofía enciclopedista, la literatura sentimental de Rousseau con el criticismo volteriano, la escena y las comedias revolucionarias. Cuanto la filosofía francesa pensara y dijera desde los tiempos del gran Descartes, muy cercanos á la Reforma y al Renacimiento, hasta los tiempos de Condillae, muy cercanos á nuestra edad, quedó en las alturas inaccesibles de una metafísica más ó menos abstracta, y no se mezcló por ende ni con los átomos de la sangre, ni con los latidos del pecho, ni con las vibraciones del sistema nervioso, ni con la levadura que amasa las costumbres, ni con el espíritu general de aquella sociedad. La Enciclopedia de Diderot con sus claridades, el contrato social de Rosseau con sus apotegmas, la risa de Voltaire contra los viejos ídolos y los viejos principios con sus contagios, las incendiarias comedias de Beaumarchais con sus letales gracias y sus irreverentísimos atrevimientos, condensaron una idealidad tal, un espíritu colectivo tan vivificador, una tan grande animación que á sus impulsos tomó Lafayette la espada redentora en defensa de América; formuló Turgot en leyes beneficiosas el nuevo cánón económico; se levantó Necker al ministerio, estableciendo la libertad religiosa en los hechos antes de que pudiera formularse con toda solemnidad en los códigos; escribió Sieyes folletos de pensamientos nuevos prácticos y de forma popular llana; produjéronse fenómenos mentales colectivos de intensidad tan viva y de